




El misterio del recogimiento



Antología en tiempos de
coronavirus, cuarentena,
toque de queda y Ley Seca



PROYECTO EDITORIAL
LOS ZOPILOTES

EL VACÍO

(0 de la amistad imaginaria con Bolaño)

Adolfo Mazariegos

EL VACÍO
(*O de la amistad imaginaria con Bolaño*)

Adolfo Mazariegos

Cuento incluido en la antología
'El misterio del recogimiento'



PROYECTO EDITORIAL
LOS ZOPILOTES

Todos los derechos reservados.
Si desea adquirir el libro completo de la antología
en versión eBook, es de descarga libre

Este ejemplar es una edición gratuita
brindada exclusivamente a través del sitio del autor:
www.adolfoazariegos.com

El diseño de portada es una variante
de la portada original de la antología
propiedad de Proyecto Editorial Los Zopilotes

© 2016, del cuento: Adolfo Mazariegos
© 2020, de la antología: Proyecto Editorial Los Zopilotes

Guatemala, 2020

**EJEMPLAR GRATUITO
PROHIBIDA SU VENTA**

EL VACÍO
(*O de la amistad imaginaria con Bolaño*)

«Así es como es», dijo, a manera de saludo. Entró en la pequeña cafetería de estilo oriental en donde habíamos acordado encontrarnos para conversar un rato aquella tarde, aprovechando su viaje de pocos días a México, previo a su regreso definitivo a España.

Al atravesar el umbral se detuvo un instante, volviendo la vista en todas direcciones, como tratando de reconocer el lugar o como tratando de despejar, quizá, alguna secreta incógnita de la cual yo no participaba. Luego se dirigió rápidamente a la mesa donde me encontraba desde hacía diez o quince minutos.

Era cerca del mediodía. Quizá poco más de las once y media.

—No sé por qué me citaste aquí— se quejó, poniendo un cigarrillo en su boca y buscando afanosamente un encendedor que no tenía consi-

go, pero que aseguraba llevar en algún sitio. Aceptó después, sin embargo, que había extraviado el encendedor antes de llegar a la cafetería.

Tenía el semblante de quien no ha dormido bien y ha trabajado mucho. Algo despeinado. Barba de dos o tres días, americana negra, y sus infaltables gafas graduadas que le hacían lucir más intelectual de lo que ya era, aunque él insistiera reiteradamente que no era así.

—No te entiendo— dije, sin ponerme de pie ni extenderle mi mano para saludarlo, siguiendo su misma fórmula. Le pregunté si quería café o si prefería beber otra cosa.

—Café— respondió, parco, del otro lado de la pequeña mesa de madera en la que alguien —vaya a saber quién— había escrito (o dibujado), con tinta azul, una estilizada letra mayúscula que, por desconocidos motivos, resultaba verdaderamente interesante: “W”. Nadie se había molestado en borrarla o en pintar algo encima para evitar que se viera. No resultaba desagradable a decir verdad, era tan sólo algo que sin duda no dejaba de llamar la atención de los comensales que por aquella mesa pasaban.

—*No puedes evitar el vacío de la misma manera que no puedes evitar cruzar calles si vives en la ciudad...*

—Dijo de pronto.

—¡Sí, sí, ya he escuchado eso antes! —Lo interrumpí, tal vez descortésmente—, es más, estoy seguro de haberlo leído en alguno de tus escritos,

¿cómo se llamaba?... ¿No es acaso el manuscrito aquel que me compartiste para que leyera hace algunos meses? Sí. Es esa novela corta donde uno de los personajes es una pelirroja de la que medio mundo habla, aunque nadie la haya visto jamás..., Y el policía ese que no da una...

— Amberes. Se llama Amberes— dijo, secamente, sin ningún tipo de emoción en la voz ni en el rostro, aún con el cigarrillo en la boca.

— Sí, Amberes — asentí—, pero no te pedí que vinieras para hablar de eso ahora. No sé ni por qué lo mencionas.

— Mencionar qué, ¿el tema del vacío o el título de la novela?

— Ese asunto del vacío. Se me hace algo tan..., no sé. Y sinceramente no sé por qué lo traes a colación, de verdad.

— Porque para eso me citaste, supongo; para hablar de algún vacío. Todos buscamos llenar vacíos en nuestra vida, o en la vida de los demás, o en..., donde sea; de una manera u otra así es. Lo sabes bien. De no ser así, tampoco estaríamos aquí conversando, hablando de ello, por más tonto o absurdo que ahora digas que te parezca... Y no me veas así, porque en el fondo, sabes que tengo razón.

Lo observé, contrariado, intentando descubrir cómo Roberto y yo habíamos llegado a ser tan amigos. Tratando de explicarme a mí mismo si efectivamente él tenía razón en eso que acababa

de decir, o si sólo estaba tratando de jugarme una broma de las tuyas. Con él nunca se sabía.

Una mujer joven, de ojos oscuros, rasgados, se acercó, y nos dijo muy seria en un precario español: «no podel fumar aquí, pol favol». Pasó un trapo húmedo encima de la mesa y simuló ordenar un par de salsas y servilletas de papel que había en el centro. Luego preguntó si íbamos a pedir algo.

Nos vio con displicencia.

Sonreí, acostumbrado como estoy a ese tipo de reacciones y prejuicios.

— ¡Mierda! — Dijo Roberto, en voz muy baja, casi para sí. Y también le sonrió a la mujer, fugazmente, desviando con rapidez la mirada hacia el otro lado y guardando el cigarrillo que no había llegado a encender. Me di cuenta de que probablemente había pensado lo mismo que yo.

— De verdad, no sé por qué me citaste aquí — insitió, sacando del bolsillo de su americana una hoja del periódico donde había un crucigrama. Lo extendió sobre la mesa y volvió a hablar — : ¿un bolígrafo? — Preguntó, dirigiéndose realmente a la muchacha y no tanto a mí, aunque la pregunta la hubiera formulado viéndonos a ambos alternadamente.

Ella no respondió.

Yo negué con la cabeza. Y aproveché para pedir dos tazas de café.

—¿Nala más? ¿No van a comer? ¿Nala?
—Quizo saber la chica.

—Eso es todo, por ahora —respondí, con seriedad, tratando de no ser descortés. La vi alejarse molesta, arrastrando los pies con desgana y llevando en su mano izquierda el trapo húmedo con que acababa de limpiar la mesa, acomodando entre sus cabellos negros, lisos, un bolígrafo barato, de plástico.

—¿Lo ves?, a eso me refería. Ni siquiera se molestó en responder y lleva un bolígrafo como sujetador de cabello.

Sonreí. Viendo sobre la mesa la hoja del periódico con el crucigrama.

—Y entonces, ¿qué planes tienes? —Pregunté, tratando de cambiar el tema.

—La verdad no lo sé... No he hecho planes... Y si he de ser honesto, no he podido escribir mayor cosa estos días. Necesito ponerme a escribir desde la madrugada hasta que no pueda más y me quede dormido para repetir lo mismo al día siguiente...

—¡El vacíoooo! —Dije, volviendo a sonreír, enfatizando las palabras y alargando las letras en tono burlón. Él se dio cuenta inmediatamente.

—¡Te estás burlando! ¿Verdad?... Pendejo —exclamó, pero también lo vi sonreír (por primera vez desde que llegó a la cafetería), y me alegré por ello. Era la primera vez que le escuchaba utilizar la palabra “pendejo”. La había leído va-

rias veces en sus escritos, pero nunca la había escuchado de su boca, de su propia voz. Será tal vez que los años largos que este chileno ha pasado en México, aunque ya no viva aquí, ahora significan algo más, elucubré.

Nos llevaron las dos tazas de café. Un café aguado pero humeante que me hizo olvidar por un momento la verdadera razón de aquel encuentro. Sabía que no volvería a ver a mi amigo, realmente lo sabía, y lo lamenté desde lo más profundo de mi corazón.

Acerqué mi taza y vacié tres generosas cucharadas de azúcar en ella; luego las removí con lentitud premeditada, con parsimonia infinita, con resistencia al inexorable paso de cada minuto.

Él dio un sorbo a su café, sin ponerle azúcar. Y dijo:

«No debería beber café, pero... Ya qué. ¡Pinche vacío! ¿Verdad?» Y volvió a sonreír.

*Cuento ganador del Tercer Lugar
en el Premio de Cuento 'El Palabrerista, 2016'
e incluido en la antología
'El misterio del recogimiento' (2020)
de Proyecto Editorial Los Zopilotes*

Gracias por descargar
Esta versión gratuita de
'El Vacío'
(O de la amistad imaginaria con Bolaño)

Para conocer más del autor visite:
www.adolfomazariegos.com

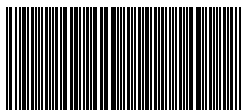
También en Facebook, Twitter e Instagram





EL VACÍO
(O de la amistad imaginaria con Bolaño)

Adolfo Mazariegos



001-2020-04-000